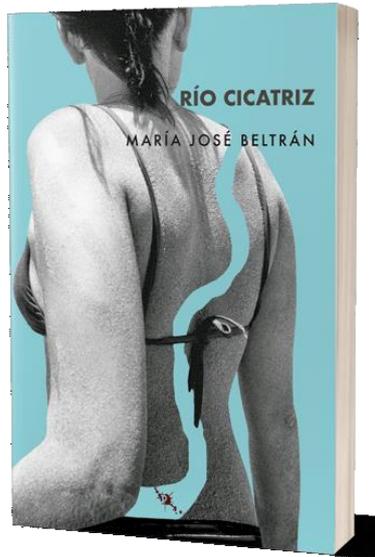


## Mi lectura de “RÍO CICATRIZ” de María José Beltrán<sup>1</sup> Madrid: Pie de página, 2021<sup>2</sup>



### Comentario de Alejandro Ávila Espada<sup>3</sup>

En la cita de Eloy Tizón que prologa el libro se dice: “Si escribo que puedo volar, entonces -y solo entonces- comienzo a sentir el viento bajo mis alas” (p.11). Pongamos pues en palabras lo que queremos vivir, de nuevo. Antes quizás ha sido soñado, o no fue posible ni en sueños.

Esta obra nos permite vivir con su autora pasajes reales e imaginarios de una narrativa de vida, vida reconstruida, vida imaginada, vida por vivir en el sueño de la escritora, Vida propia. Escribiendo somos. Narrando construimos, o más bien reconstruimos experiencias, subjetividad. Transmitimos lo que -aún con dificultad- puede ser puesto en palabra escrita, emoción sentida más que pensada.

<sup>1</sup> <https://editorialpiedepagina.com/rio-cicatriz-entrevista-a-maria-jose-beltran/>

<sup>2</sup> <https://editorialpiedepagina.com/product/rio-cicatriz/>

<sup>3</sup> Ávila Espada, A. (2021). Mi lectura de “Río Cicatriz” de María José Beltrán. *Clínica e Investigación Relacional*, 15 (2): 492-494. [ISSN 1988-2939] [Recuperado de [www.ceir.info](http://www.ceir.info) ] DOI: 10.21110/19882939.2021.150218

Con Marina caminamos la vida. Importa más lo que muestra que lo que dice. Lo que nos muestra de nosotros mismos a través de sus textos, lo que nos *toca*. Mientras Marina se busca, en sí, en su alter ego Priscilla, en su creación *Savannah*, nos buscamos.

Marina, que buen nombre para quien el mar es su horizonte. Encontramos en su relato los ecos de un padre intenso, activo, del que será difícil separarse, y mucho más sustituirlo. Inalcanzable en su corazón, sin apenas contacto, sin piel, sin contrapunto. Apenas encontramos un contacto materno cálido que balancee la intensa pero fría presencia de ese padre. Entre tanto la primavera vibra fogosa en Marina y la avasalla. Momentos que evocados hacen feliz a quien los recuerde.

Escribiendo perdemos peso, esas cargadas mochilas que portamos desde la infancia. Todos somos narradores -que no escritores. Narramos lo vivido, lo soñado, lo faltante. ¿70% autobiográfico? Pero quizás ese 30% sea la marca de la diferencia, lo que se puede crear, donde la escritora y el lector pueden buscar y crecer. No nos mueve el estilo o la intensidad narrativa. Lo que nos importa es lo que nos transmite.

Estamos ante un relato de presencias y ausencias, donde la autora emerge en la escritura, desde ese ser "que no es visible y está en mí" que va encontrando su voz en el diálogo con Frank, apenas un fantasma, recuerdo de lo que fue imposible porque no hubo vida para vivirla.

Marina comenzó dando puntadas sin hilo, contemplando impotente su magnífica muñeca, ahogada e irrecuperable, pero ella se salvó, respunteó sus textos en cuanto encontró el hilo, y los talleres de elaboración terapéuticos y de escritura donde cortar sus historias. Ya no es arte efímero, es relato. Y como dice la autora: si escribes, nada puede herirte, *mortalmente*.

Cuando termino la lectura de "Río cicatriz" busco tener un diálogo imaginario con "D", el terapeuta de Marina. Lo encuentro reticente, y esgrime la confidencialidad para rehuirme. Finalmente accede a un diálogo limitado. Que le llamen "D" le crea controversia: ¿D de Distancia? ¿D de diferencia? ¿D de Diálogo? ¿D de *Dad*, una prolongación de la figura paterna, de ese padre que saltaba de rama en rama si hacía falta? Puede serlo, ser todo eso, pero piensa que también es "C", de contención, clarificación, creencia, constancia, compañía, contrapunto, *can cerbero* ...

D se reconoce en que Marina le busque para conocer su opinión, que necesite que lleve la cuenta, que resuene con su angustia, que crea en ella, que reconozca y confirme su singularidad, que la incite a explorar, que la entienda, que la acompañe -en lo imaginario, no en lo real, que la ayude a dejar ir a Frank ... que no la deje caer. Que frente a otros "D" de su infancia, no invada su intimidad, la respete, que sepa mantener la distancia que no supone

ni lejanía ni abandono. Y que la ayude a vivir cada momento, sin aplazarlo, sin que se exponga al deterioro de una lluvia imprevista. No hace falta cogerse de las manos para no perder al otro.

D se anima a decirme que ha visto evolucionar profundamente a Marina a través de sus relatos autobiográficos, y también a través de las elaboraciones literarias de Priscilla. Durante años ha acompañado la transformación narrativa de Marina, cada vez más capaz de expresar sentimientos y de elaborar los traumas vividos y simbolizarlos. Y Marina, por fin, ha escrito sobre el fantasma de Frank que sigue vivo en ella, acompañándola en casi cada esquina de su relato y de su vida. Con ese escrito se ha construido una gran obra que el lector puede continuar por sí mismo. Todos tenemos siquiera fragmentos de algún Frank cadáver, y alguna muñeca ahogada, de los que despedirnos.

Mientras se gesta este escrito sueño que encuentro ocupada la habitación del hotel en que me alojo, encuentro allí otras personas, otras historias ¿de qué se sorprende, si vd. no estaba? Lo natural es que se ocupe.... Con la indagación que propone esta obra se libera espacio, para que llegue lo nuevo.

Somos historias que se reescriben constantemente, sujetos en acción, escritores que no sabemos que lo somos. Pero *escribiendo*, no nos quedaremos igual. Leyendo "Río Cicatriz", con su *Monasterio*, abriremos puertas que conducen a nosotros mismos. Con la autora, buscaremos la vida en sus fracturas.

Por ello, esta obra, es de navegación imprescindible para quien necesite explorar su propio Río de la vida, metabolizando sus heridas en arte compartido. Y los psicoterapeutas, más que arroyos por recorrer, tenemos torrentes y riadas.

La editorial *Pie de página* ha hecho un excelente trabajo editorial que le da a la obra de María José Beltrán el soporte que merece.

*Alejandro Ávila Espada*